LA ASOMBROSA HISTORIA DE PETER SCHLEMIHL

Ernst Ludwig Kirchner, *Der Verkauf des Schattens (La venta de la sombra),* 1915.

I

Tras una feliz, pero para mí muy agotadora travesía marítima, por fin alcanzamos el puerto. Nada más llegar a tierra con el bote, yo mismo cargué con mis pocas pertenencias y, tras haberme abierto paso entre la bulliciosa multitud, entré en la casa más cercana, más humilde, en cuya fachada vi colgando un cartel. Pedí una habitación; midiéndome con una sola mirada, el mozo me condujo a la buhardilla. Hice traerme agua fresca y que se me explicara en detalle dónde debía ir para encontrar al señor Thomas John.

—Antes de la Nordertor[1], la primera villa a mano derecha, una casa grande y nueva, de mármol rojo y blanco con muchas columnas.

—Bien.

Todavía era temprano, enseguida desaté mi fardo, saqué mi levita negra recién vuelta, me vestí pulcramente enfundándome en mi mejor vestimenta, me guardé la carta de

[1] Los lugares, que aparecen al principio del relato, solían interpretarse como indicación de la ubicación de la primera parte de la historia en la ciudad de Hamburgo (como queda reflejado, por ejemplo, en la traducción española de Manuela González-Haba de 1982). Sin embargo, no existía ninguna «Nordertor» («Puerta del Norte») en esta ciudad. Y aunque la «Norderstraße» («Calle del Norte»), que se menciona poco después, sí es una calle de Hamburgo, esta no fue creada hasta veinte años después de la muerte del autor.

recomendación y emprendí de inmediato el camino hacia el hombre que debía favorecer mis modestas esperanzas.

Tras subir por la larga Norderstraße y haber alcanzado la Puerta, pronto vi brillar las columnas entre el verde.

«Aquí entonces», pensé. Con el pañuelo me sacudí el polvo de las botas, me coloqué bien el fular y encomendándome a Dios tiré de la campana. La puerta se abrió de golpe. En el vestíbulo tuve que superar un interrogatorio, pero el portero mandó anunciarme y tuve el honor de ser llamado al parque, donde el señor John disfrutaba del esparcimiento con un pequeño grupo de personas. Reconocí al hombre de inmediato por el esplendor de su recia autocomplacencia. Me recibió de buen grado, como un rico a un pobre diablo, incluso se giró hacia mí, aunque sin apartarse del resto del grupo, y me quitó de la mano la carta que le estaba ofreciendo.

—Vaya, vaya, de mi hermano, hace mucho que no tengo noticias de él. Estará bien de salud, ¿verdad? Allí —prosiguió, dirigiéndose al grupo, sin esperar la respuesta y apuntando con la carta hacia una colina—, allí haré construir el nuevo edificio. —Rompió el sello sin interrumpir la conversación que ahora se encaminó hacia el tema de la riqueza.

—Quien no sea dueño de al menos un millón —observó— es, perdónenme la expresión, ¡un canalla!

—¡Oh, qué verdad! — exclamé pleno de sentimiento rebosante. Eso tenía que gustarle; me sonrió y dijo:

—Quédese aquí, querido amigo, luego quizá tenga tiempo de decirle qué pienso al respecto. —Y apuntó a la carta, guardándosela después y volviéndose de nuevo hacia el grupo. Ofreció su brazo a una joven dama, otros caballeros tendieron la mano a otras bellas, cada uno uniéndose a quien le convenía, y los asistentes se dirigieron a la colina rodeada de rosas florecientes.

Yo les seguí a hurtadillas, sin causar molestia a nadie, pues por mí no se preocupaba ni un alma. Los asistentes estaban de buen humor, coqueteaban y bromeaban, en

ocasiones se hablaba de asuntos livianos con seriedad, de serios a menudo con liviandad, y con sosiego se gastaban las chanzas, sobre todo a los amigos ausentes y sus circunstancias. Yo ahí resultaba demasiado ajeno para enterarme bien de todo aquello, estaba demasiado preocupado y ensimismado para ponerme a resolver tales acertijos.

Habíamos alcanzado la rosaleda. La bella Fanny[2], al parecer la dueña y señora del día, se empeñó en querer arrancar ella misma una rama en flor, se hirió con una espina y sobre su delicada mano cayó, como de las rosas oscuras, la púrpura. Este suceso puso en movimiento a todo el grupo. Se buscó un emplasto inglés[3]. Un hombre silencioso, delgado, flaco, alargado, ajado, que seguía al grupo en paralelo y en quien yo aún no había reparado, metió la mano de inmediato en el ceñido bolsillo de su levita de tafetán gris[4] al estilo antiguo franconio[5] y extrajo de allí una pequeña cartera, la abrió e inclinándose servilmente entregó a la dama lo requerido. Ella lo recibió sin prestar atención al donante y sin mostrar agradecimiento, la herida fue vendada y el grupo prosiguió subiendo por la colina, desde cuya cumbre el grupo quería disfrutar de la amplia vista sobre el laberinto verde del parque y que se extendía más allá hasta el inconmensurable océano.

---

[2] Presumiblemente, una alusión a Fanny Hertz (1777-1829), esposa del banquero Jacob Moses Hertz (1752-1833) y muy amiga de Chamisso. Varnhagen von Ense, amigo de Chamisso, había ejercido de tutor y acompañante en la casa de los Hertz en Hamburgo.

[3] Un apósito para cubrir la herida.

[4] «El gris es el color de los espíritus como el blanco y el negro, el claro y el oscuro, entre los que se sitúa en medio como la sombra, por lo que es especialmente adecuado para designar la naturaleza sombría de los espíritus. […] Al diablo también le gustan las chaquetas grises» (Mengis, 1987 [1931]: 1123).

[5] Aquí, antiguo franconio, *altfränkisch* en el original, es un sinónimo de «anticuado, chapado a la antigua, al estilo de los antepasados franconios» *(DWB,* 1854: 271).

La panorámica era realmente grandiosa y espléndida. En el horizonte, entre las olas oscuras y el azul del cielo, apareció un punto luminoso.

—Un telescopio, rápido —exclamó John.

Y antes de que pudieran reaccionar los criados que habían acudido a su llamada, el hombre gris, inclinándose con humildad, ya había metido la mano en el bolsillo de su levita, había sacado de allí un hermoso telescopio Dollond[6] y se lo había entregado al señor John. Este, colocándoselo enseguida ante su ojo, informó al grupo de que se trataba del barco que había zarpado ayer y al que vientos desfavorables retenían frente al puerto. El telescopio pasó de mano en mano y no volvió a las de su propietario. Yo, sin embargo, miré con asombro al hombre y no me explicaba cómo había salido un instrumento tan grande de ese bolsillo tan minúsculo. Sin embargo, parecía no haber llamado la atención de nadie, y nadie se preocupaba por el hombre gris ni un ápice más que por mí.

Se sirvieron refrescos y, en valiosísimos recipientes, las más raras frutas de todas las regiones del mundo. El señor John hizo los honores con elegancia desenfadada, y entonces me dirigió la palabra por segunda vez:

—Adelante, coma usted. Estando en alta mar, de esto no ha probado.

Hice una reverencia, pero él no lo vio. Ya estaba hablando con otra persona.

A todos les hubiera gustado tenderse sobre el césped, en la ladera de la colina frente al paisaje desplegado si no hubiera sido porque rehuían la humedad de la tierra.

---

[6] Recibe el nombre de su inventor, John Dollond (1706-1761), que consiguió construir un telescopio acromático mediante la combinación de determinadas lentes y cristales. Solucionó así el problema de la aberración cromática de los anteriores telescopios que distorsionaban la imagen (Roth, 2005: 336).

—Sería divino —opinaba alguien del grupo— disponer de alfombras turcas para extenderlas aquí.

Apenas expresado el deseo, ya tenía el hombre enfundado en la levita gris su mano en el bolsillo y, con gesto modesto incluso sumiso, se esforzaba por sacar de él una rica alfombra turca entretejida con hilos de oro. Los criados la recibieron como si aquello tuviera que ser así, y la desplegaron en el lugar deseado. Los asistentes, sin andarse con remilgos, se sentaron sobre ella. Yo por mi parte contemplé atónito al hombre, el bolsillo, la alfombra, que medía más de veinte pasos de largo y diez de ancho, y me froté los ojos al no saber qué pensar al respecto, especialmente porque nadie encontraba en ello nada extraño.

Me hubiera gustado obtener información sobre el hombre y preguntar quién era, solo que no sabía a quién debía dirigirme, pues yo casi temía más a los señores sirvientes que a los señores servidos. Finalmente, me armé de valor y me acerqué a un hombre joven que parecía gozar de menor reputación que los demás y que a menudo se había quedado solo. En voz baja le pedí que me dijera quién era ese hombre complaciente, aquel, vestido de gris.

—¿Ese que tiene aspecto de cabo de un hilo escapado de la aguja de un sastre?

—Sí, el que está solo.

—A ese no lo conozco —me dio por respuesta y, al parecer, para evitar una conversación más larga conmigo, se volvió y se puso a hablar de cosas insignificantes con otra persona.

Ahora el sol empezaba a lucir con más fuerza y resultaba molesto para las damas. De forma impasible, la bella Fanny le formuló al hombre gris —a quien, que yo supiera, nadie había dirigido aún la palabra— la insensata pregunta de si tal vez no traía también una tienda de campaña. Él le respondió con una reverencia tan profunda como si hubiera recibido un honor inmerecido, y ya tenía la mano en el bolsillo, del que vi salir lonas, barras, cuerdas, herrajes de

hierro, en resumen: todo lo que forma parte de la más ostentosa carpa. Los caballeros jóvenes ayudaron a desplegarla, cubriendo con ella toda la extensión de la alfombra. Y nadie encontró en ello nada extraordinario.

Yo llevaba ya un buen rato sintiendo escalofríos, incluso espanto; y, para rematar, ¡qué impresión cuando al pronunciarse el siguiente deseo, lo vi sacar de su bolsillo tres caballos de montar, así como te lo digo, tres grandes y hermosos caballos negros con silla de montar y brida! Imagínatelo, ¡por el amor de Dios! ¡Adicionalmente tres caballos ensillados procedentes del mismo bolsillo del que ya habían salido una cartera, un telescopio, una alfombra tejida de veinte pasos de largo y diez de ancho, una carpa del mismo tamaño y todos los hierros y barras correspondientes! Si no te asegurara haberlo visto con mis propios ojos, seguramente no te lo creerías.

Por muy apocado y sumiso que pareciera ese mismo hombre, por muy poca atención que los demás le prestaran, a mí, sin embargo, su apariencia pálida, de la que no podía apartar la mirada, me resultaba tan escalofriante que no podía soportarla más. Decidí escabullirme del grupo, lo que, dada la irrelevancia del papel que allí desempeñaba, me parecía fácil. Quería regresar a la ciudad, a la mañana siguiente volver a probar suerte con el señor John y, si reunía el valor necesario, le preguntaría acerca del extraño hombre gris. ¡Ojalá hubiera logrado escapar de esa forma!

En realidad, ya había atravesado con éxito la rosaleda a hurtadillas colina abajo, y me encontraba en un despejado prado verde cuando, por temor a toparme con alguien al caminar por la hierba fuera de los senderos, eché una mirada escudriñadora a mi alrededor. Cómo me asusté al ver al hombre enfundado en la levita gris viniendo detrás de mí y a mi encuentro. Enseguida se quitó el sombrero ante mí y me hizo una reverencia tan profunda como nadie antes me la había hecho. No cabía duda, quería dirigirse a mí, y yo no podía evitarlo sin parecer grosero. Me quité también el

sombrero, respondí a su reverencia y me quedé quieto, al sol con la testa descubierta, como si hubiera echado raíces. Por puro miedo lo miré fijamente; y yo estaba como el pájaro hechizado por la serpiente. Él, por su parte, parecía muy vergonzoso; no levantó la mirada, hizo varias reverencias, se acercó y se dirigió a mí en voz baja, insegura, más o menos con el tono de un mendigo.

—Querrá el señor perdonar mi impertinencia por osar ir en su busca sin que nos conozcamos: tengo una petición para usted. Concédame la gracia…

—¡Pero, por el amor de Dios, señor! —estallé preso del miedo—: ¿qué podría hacer yo por un hombre que…?

Ambos quedamos desconcertados, y me parece que nos sonrojamos.

Él retomó, tras un instante de silencio, la palabra:

—Durante el breve rato que he tenido la suerte de encontrarme cerca de usted, estimado señor, he podido contemplar varias veces, permítame que se lo diga, de veras con inefable admiración, la hermosa, hermosísima sombra que proyecta usted bajo el sol, en cierto modo con un aire de noble desdén, sin que usted mismo le preste atención a esa espléndida sombra a sus pies. Perdóneme el atrevimiento, sin duda audaz. Quizá no encuentre usted inconveniente en dejarme esta sombra suya.

Él permaneció en silencio, y sus palabras empezaron a rondar en mi cabeza cual rueda de molino. ¿Qué debía hacer con tan extraña proposición de comprarme mi sombra? «Debe de estar loco», pensé, y con el tono cambiado, más propio de la humildad del suyo, contesté de esta forma:

—¡Vaya, vaya, mi buen amigo!, ¿es que no os basta vuestra propia sombra? Yo eso lo llamaría un tipo de trato muy raro.

Enseguida volvió a responder:

—Tengo en mi bolsillo algunas cosas que al señor seguramente no le parecerán carentes de valor. Por esta incalculable sombra, el precio más elevado me parece demasiado exiguo.

Al recordarme el bolsillo, de nuevo me invadió el escalofrío, y no entendí cómo había sido capaz de llamarlo mi buen amigo. Tomé de nuevo la palabra y, con infinita cortesía, traté de arreglarlo, si es que era posible.

—Pero, señor mío, perdone usted a su más sumiso servidor. Creo que no entiendo del todo bien su idea: ¿únicamente mi sombra, cómo podría…?

Me interrumpió:

—Solo ruego voso[7] permiso para poder recoger del suelo en este preciso instante esta noble sombra y guardármela en el bolsillo; cómo lo haga es asunto mío. A cambio, como muestra de mi agradecimiento hacia vosa merced[8], dejo que elijáis entre los objetos de valor que llevo conmigo en el bolsillo: el tártago[9] auténtico, la mandrágora[10], céntimos mutantes[11], los táleros ladrones[12], el mantel de los

---

[7] Adjetivo posesivo de segunda persona que ya no se usa. Significado: «vuestro» *(DLE,* 2014). Este arcaísmo refleja un uso paralelo al original alemán *(Dero)* y que sirve para caracterizar la antigüedad del personaje. Este rasgo lingüístico se suma al de la vestimenta («al estilo antiguo franconio») para marcar la avanzada edad del personaje.

[8] Tratamiento de cortesía que se empleaba en relación con una persona sin título *(DLE,* 2014).

[9] Nombre popular español de *Euphorbia lathyris.* En el texto original se emplea el nombre popular *Springwurzel.* El término alemán habitual para denominar esta planta es *Kreuzblättrige Wolfsmilch* o también *Spring-Wolfsmilch* (véase Slabý, Grossmann e Illig, 1994: 1130; Genaust, 1996: 329). Planta relacionada con la hechicería, a la que se le suponen poderes mágicos: por ejemplo, la capacidad de abrir cerraduras (véase Marzell, 1987 [1937]): 314).

[10] Una de las propiedades mágicas que se le presumía era la capacidad de aportar riquezas a su propietario (Marzell, 1987 [1927]: 319). Uno de los rasgos característicos de la raíz es su aspecto antropomorfo (véase Genaust, 1996: 365), lo que explica, en buena medida, su relación con la hechicería.

[11] Monedas de cobre de poco valor que, al darles la vuelta, se convierten en monedas de oro (Walach, 2003: 18). Se habla también de «dinero del diablo» (véase Siebs, 1987 [1941]: 203).

[12] El tálero es una antigua moneda alemana de plata *(DLE,* 2014). Esta variante mágica es una moneda que siempre vuelve a su

donceles de Roldán[13], un hombrecillo de la horca[14] a cualquier precio. Pero todo esto probablemente no sea para usted: mejor el sombrerito de deseos de Fortunato[15], nuevo y duradero, recién restaurado; también una bolsa de la fortuna, como la que él tuvo.

—Bolsa de la suerte de Fortunato —lo interrumpí, y por muy grande que fuera mi temor, con esa única expresión había captado todos mis sentidos. Sentí vértigo y ante mis ojos apareció un centelleo como de dobles ducados[16].

---

dueño, llevando consigo atrapadas todas las monedas que ha tocado ese tálero.

[13] Referencia intertextual a *Rolands Knappen (Los donceles de Roldán),* un cuento de Johann Karl August Musäus (1735-1787) publicado en el primer volumen de los *Volksmärchen der Deutschen* (1782, *Cuentos populares de los alemanes)*. Se trata de una de las primeras colecciones de cuentos populares que surgen en Alemania (escritos, eso sí, más bien en un lenguaje propio de los cuentos artísticos). Los tres donceles reciben cada uno un objeto mágico de una bruja a cambio de los servicios que le han prestado a la misma. Uno de esos objetos es un mantel que, una vez extendido, proporciona todo tipo de comida y bebida a petición de quien lo posee (véase Musäus, 1909 [1782]: 189-190).

[14] En una carta del 17 de marzo de 1821, Chamisso le comentaba sobre estos objetos mágicos a su hermano Hippolyte (este estaba preparando una traducción francesa del relato). Decía del *Galgenmännlein* (hombrecillo de la horca) que se trataba de un diablo en una botella que hace todo lo que se le pida y que da todo lo que se le exija (Walach, 2003: 18). Según antiguas creencias populares, se trata de una raíz de mandrágora que crece bajo una horca (a partir de la orina o el esperma de un ahorcado) y trae suerte (Marzell, 1987 [1927]: 318).

[15] Referencia intertextual al libro popular titulado *Fortunatus* (1509). El protagonista, llamado Fortunatus, recibe de Fortuna, la señora de la fortuna, una bolsa de dinero que nunca se agotaba. Posteriormente, Fortunatus también se hace con un sombrerito de deseos (Simrock, 1846: 49-208). En 1806, Chamisso escribió un fragmento dramático titulado *Fortunati Glücksäckel und Wunschhütlein: Ein Spiel (La bolsa de la fortuna de Fortunato y sombrerito de los deseos: una obra de teatro)*.

[16] Moneda de oro con valor de dos ducados. En circulación hasta mediados del siglo XIX (Walach, 2003: 19).

—Si el señor tiene a bien inspeccionar y probar esta bolsa…

Metió la mano en el bolsillo y sacó de allí una bolsa de tamaño mediano, muy bien cosida, de cordobán[17] resistente; tiró de dos fuertes cordones de cuero y me la entregó. Metí la mano y saqué de allí diez piezas de oro, y otras diez, y otras diez y otras diez. Rápidamente le tendí la mano:

—De acuerdo, trato hecho, a cambio de la bolsa tiene usted mi sombra.

Aceptó dándome la mano, luego se arrodilló sin demora ante mí y, con admirable destreza, lo vi silenciosamente desprender de la hierba mi sombra, desde la cabeza hasta los pies, recogerla del suelo, enrollarla y doblarla, y por último guardársela. Se levantó, se inclinó una vez más ante mí y luego se retiró en dirección a la rosaleda. Me pareció oírlo reírse quedamente para sus adentros. Yo, sin embargo, tenía la bolsa agarrada por los cordones, la tierra a mi alrededor resplandecía bajo el sol y aún no había recuperado el sentido.

[17] «Piel curtida de macho cabrío o de cabra» *(DLE,* 2014). La palabra se forma a partir del nombre de la capital cordobesa, famosa por la preparación de estas pieles.

II

Por fin volví a recuperar el sentido y me apresuré a abandonar este lugar, donde con suerte no tenía nada más que hacer. Primero llené mis bolsillos de oro, luego me até los cordones de la bolsa al cuello y la oculté sobre mi pecho. Desapercibido salí del parque, alcancé la carretera y tomé el camino en dirección a la ciudad. Mientras me dirigía ensimismado a la puerta de la ciudad, escuché gritos detrás de mí:

—¡Señorito! ¡Eh! ¡Señorito! ¡Oiga! —Miré hacia atrás: una vieja me gritaba:

—¡Tenga cuidado el señor, ha perdido su sombra!

—¡Gracias, abuelita! —Le lancé una moneda de oro por el consejo bienintencionado y me coloqué debajo de los árboles.

En la Puerta enseguida tuve que volver a escuchar el mismo aviso del centinela:

—¿Dónde ha dejado el señor su sombra?

Y otra vez, justo después, por parte de unas mujeres:

—¡Jesús, María y José! ¡El pobre hombre no tiene sombra!

Esto comenzó a contrariarme y me guardé mucho de exponerme al sol. Eso, sin embargo, no era posible en todas partes: por ejemplo, no a través de la Breitestraße[18], la cual

[18] Literalmente «calle Ancha». Podría tratarse de una referencia a una calle en Hamburgo, cerca de donde había residido Chamisso en casa de la viuda Varnhagen (Walach, 2003: 19).

me tocaba cruzar en primera instancia y, para mi desgracia, encima, justo a la hora de la salida del colegio de los chavales. Un maldito bribón jorobado —lo estoy viendo todavía—pilló de inmediato que yo carecía de sombra. Con gran griterío me delató ante toda la juventud callejera del arrabal, la cual, literaturizando, enseguida comenzó a hacerme una reseña y a arrojarme heces:

—La gente decente, al ponerse al sol, tenía por costumbre llevar consigo su sombra.

Para alejarlos de mí, les arrojé oro a manos llenas, y de un salto subí a un coche de alquiler que unas almas caritativas me habían ayudado a conseguir. Una vez me encontré a solas en el carruaje en marcha me puse a llorar amargamente. Ya debió surgir en mí el presentimiento de que, en el mismo grado en que el oro prevalece en la tierra sobre el mérito y la virtud, la sombra se valora por encima incluso del oro mismo. Y de la misma manera en que antes había sacrificado la riqueza a mi conciencia, ahora había entregado la sombra a cambio de simple oro: ¡qué podía, qué debía ser de mí en la Tierra!

Seguía muy perturbado cuando el carro paró delante de mi antigua posada. Ya solo la idea de volver a entrar en aquella miserable buhardilla me asustó. Hice que me bajaran mis cosas, recibí con desdeño el mísero fardo, dejé caer algunas monedas de oro y ordené que el carro parara delante del hotel más distinguido. La casa estaba orientada al norte, no tenía que temer el sol. Despedí al cochero con oro, hice que se me asignaran las mejores habitaciones que daban a la parte delantera y en cuanto pude me encerré en ellas.

¿Qué crees que hice entonces? Ay, mi querido Chamisso, confesarlo, incluso a ti, me hace sonrojar. Cogí de mi pecho la desdichada bolsa y, con una especie de furia que crecía cada vez más en mí como si fuese un fuego centelleante, fui extrayendo oro, y oro, y oro, y cada vez más oro, y lo esparcía sobre el solado, y paseaba por encima de él, y

hacía que tintineara, y —recreando mi pobre corazón con su brillo, con su sonido— arrojaba más y más metal sobre el metal, hasta que yo mismo caí exhausto sobre el rico lecho y terminé hurgándolo con deleite, revolcándome sobre él. Así transcurrió el día, el atardecer, no abrí el cerrojo de mi puerta, la noche me encontró tendido sobre el oro, y estando en esa postura el sueño se apoderó de mí. Entonces soñé contigo, me parecía como si estuviera detrás de la puerta de cristal de tu pequeña habitación y te viera desde allí, sentado en tu escritorio entre un esqueleto y un manojo de plantas secas, abiertos ante ti libros de Haller[19], Humboldt[20] y Linné[21], sobre tu sofá se hallaba un tomo de Goethe y el *El anillo mágico*[22], durante un largo rato te observé a ti y cada objeto en tu cuarto, y luego otra vez a ti, pero tú no te movías, tampoco respirabas, estabas muerto.

Me desperté. Todavía parecía muy temprano. Mi reloj estaba parado. Me sentía hundido, también seco y hambriento; desde la mañana anterior no había comido nada. Enojado y harto alejé de mí este oro del que poco antes se había saciado mi necio corazón; ahora, estando de mal humor, no sabía qué hacer con aquello. No podía quedar tirado en el suelo: probé a ver si la bolsa se lo volvía a tragar, pero no. Ninguna de mis ventanas se abría hacia el mar. No me quedó más remedio que arrastrarlo a duras penas, y con el sudor de mi frente, hacia un armario grande situado en

---

[19] Albrecht von Haller (1708-1788). Médico, botánico y poeta suizo. Profesor universitario: cátedra en Anatomía, Botánica y Cirugía en la Universidad de Gotinga de 1736 a 1753.

[20] Alexander von Humboldt (1769-1859). Naturalista. Se embarcó, junto con el naturalista francés Aimé Bonpland, en un viaje por América (1799-1804) que le daría fama mundial.

[21] Carl von Linné (1707-1778). Médico, botánico y naturalista sueco. Creador de la taxonomía biológica a través del sistema de la nomenclatura binomial (1735), la cual sigue usándose.

[22] Novela de caballerías de Friedrich de La Motte Fouqué (1777-1843) del año 1813.

un gabinete y guardarlo allí. Solo dejé unos cuantos puñados sobre el suelo. Tras acabar el trabajo me dejé caer exhausto en un sillón y esperé a que comenzara a haber movimiento de gente en la casa. En cuanto fue posible hice que me trajeran comida y que viniera a verme el dueño del hotel.

Comenté con este hombre el futuro equipamiento de mi casa. Para mi servicio personal me recomendó a un tal Bendel[23], cuya fisonomía leal y juiciosa me ganaron de inmediato. Ha sido él, cuyo apego me ha acompañado desde entonces, quien me ha consolado en la travesía de la miseria de la vida y me ha ayudado a soportar mi sombrío destino. Pasé el día entero en mis habitaciones con mozos sin dueño, zapateros, sastres y comerciantes, compré muebles y, sobre todo, gran número de objetos de gran valor y gemas, con el fin de deshacerme al menos de una parte de la gran cantidad de oro que atesoraba. Pero me dio la sensación de que ese montón en absoluto podía menguar.

Entretanto, me invadían las más angustiosas dudas acerca de mi situación. No me atrevía a dar un paso fuera de mi puerta, y al atardecer mandaba alumbrar en mi salón cuarenta velas de cera antes de salir de la oscuridad. Espantado recordaba la terrible escena con los escolares. Decidí, por mucho valor que me exigiera, comprobar una vez más la reacción pública. En aquellos días, las noches estaban iluminadas por la luna. A última hora de la tarde me eché encima una amplia capa, hundí el sombrero hasta la altura de los ojos y salí a hurtadillas de la casa, temblando como un delincuente. Tan solo al alcanzar una alejada plaza salí de la sombra de las casas, cuyo refugio me había permitido llegar tan lejos, colocándome a la luz de la luna, preparado para escuchar mi destino por boca de los transeúntes.

---

[23] Así se llamaba también el ayudante que servía a Chamisso cuando este era oficial del Ejército prusiano.

Ahórrame, querido amigo, la dolorosa repetición de todo aquello que tuve que soportar. Las mujeres a menudo mostraban la más profunda compasión que yo les infundía; observaciones que me atravesaban el alma no menos que la burla de la juventud y el altivo desdén de los hombres, especialmente de aquellos gordos, corpulentos, que de sí proyectaban una sombra ancha. Una bella, encantadora muchacha —parecía acompañar a sus padres, que iban a paso lento con la mirada puesta en el pavimento— casualmente fijó en mí sus ojos brillantes; se asustó visiblemente al reparar en la ausencia de mi sombra, cubrió el bello rostro bajo su velo, bajó la cabeza y en silencio pasó de largo.

No lo soportaba más. Torrentes salinos brotaban de mis ojos, y con el corazón cortado en pedazos y tambaleándome volví a la oscuridad. Tuve que agarrarme en las casas para asegurar mis pasos, y lentamente y tarde alcancé mi morada.

Pasé la noche en vela. Al día siguiente, mi primera preocupación consistió en mandar buscar por todas partes al hombre enfundado en la levita gris. Quizá lograría volver a encontrarlo, ¡y qué felicidad si él, al igual que yo, se arrepintiera del necio trato! Hice que Bendel se presentara ante mí; parecía poseer habilidad y destreza. Le describí con precisión al hombre en cuyo poder había un tesoro sin el cual la vida era un tormento para mí. Le indiqué la hora, el lugar en el que lo había visto, le describí a todos los que habían estado presentes y, además, añadí el siguiente indicio: debía preguntar por un telescopio Dollond, por una alfombra turca entretejida con hilos de oro, por una ostentosa carpa y, finalmente, por los caballos negros, objetos cuya historia estaba relacionada, sin que le especificara cómo, con aquella del enigmático hombre que a todos les había parecido insignificante y cuya aparición había destruido la tranquilidad y la dicha de mi vida.

En cuanto terminé de hablar, traje oro, toda la carga que era capaz de llevar, y añadí, además, piedras preciosas y joyas para aumentar su valor.

—Bendel —le dije—, esto allana muchos caminos y facilita muchas cosas que parecerían imposibles. No seas rácano con esto, como tampoco lo soy yo, y ve y alegra a tu amo con noticias en las que funda su única esperanza.

Se fue. Regresó tarde y triste. Ninguno de los hombres del señor John, ninguno de sus invitados —Bendel había hablado con todos ellos— supo recordar ni aun remotamente al hombre enfundado en la levita gris. El nuevo telescopio estaba allí y nadie supo de dónde había salido; la alfombra, la carpa seguían allí en la misma colina, una extendida y abierta la otra; los mozos alababan la riqueza de su amo y ninguno de ellos sabía de dónde le habían llegado esos nuevos tesoros. Al propio señor John le complacían, y no le preocupaba no saber de dónde procedieran. Los caballos estaban en los establos de los señoritos que los habían montado, y estos alababan la generosidad del señor John, quien se los había regalado aquel día. Esto es lo que se desprendía del detallado relato de Bendel, cuyo presto celo y juiciosa gestión recibieron mi merecido elogio, incluso ante un resultado tan infructuoso. Con una sombría seña le indiqué que me dejara solo.

—He presentado a mi señor el informe —arrancó de nuevo— sobre el asunto que más le importaba. Todavía me queda darle un recado que, esta mañana a primera hora, me dio alguien con quien me encontré en la puerta cuando me disponía a salir a resolver el asunto con el que tan poca suerte he tenido. Las palabras exactas del hombre fueron: «Dígale al señor Peter Schlemihl que no volverá a verme por aquí, ya que voy a surcar el mar, y en estos momentos un viento favorable me está llamando a acudir al puerto. Pero dentro de un año y un día tendré el honor de ir a visitarlo en persona y de proponerle otro negocio diferente que en ese momento quizá le resulte aceptable. Transmítale mis más humildes saludos y asegúrele mi gratitud». Le pregunté que quién era, pero él respondió que usted ya lo conocía.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre? —exclamé lleno de presentimiento.

Y Bendel me describió, paso por paso, palabra por palabra, al hombre enfundado en la levita gris, con la misma fidelidad con la que había mencionado en su relato anterior al hombre por quien había preguntado.

—¡Infeliz! —grité desesperado—. ¡Pero si era ese mismo hombre!

Y en aquel momento se le cayó a Bendel la venda de los ojos:

—¡Sí que lo era, en verdad era él! —exclamó espantado—: ¡Y yo, cegado, atontado, no lo he reconocido, en absoluto lo he reconocido, y he traicionado a mi amo!

Llorando desconsoladamente prorrumpió en los más amargos reproches contra sí mismo, y la desesperación en que se hallaba debía infundirme compasión. Le ofrecí consuelo, le aseguré en repetidas ocasiones que no dudaba de su lealtad, y lo mandé de inmediato al puerto para seguir, de ser posible, la pista del extraño hombre. Mas esa misma mañana habían zarpado muchísimos barcos, retenidos hasta entonces por vientos desfavorables, todos con destino a distintas partes del mundo, todos con destino a distintas costas, y el hombre gris había desaparecido como una sombra, sin dejar huella.

III

¿De qué servirían las alas a quien está sujeto a unos estrechos grilletes de hierro? A pesar de todo, tendría que desesperar, incluso más terriblemente. Tumbado, como Faffner[24] junto a su tesoro, así me encontraba, alejado de todo consuelo humano, viviendo en la miseria junto a mi oro, pero mi corazón no sentía apego por él, sino que lo maldecía, pues era la causa por la que me veía apartado de toda vida. Albergando para mí mismo el sombrío secreto, temía al último de mis sirvientes, a quien a la vez tenía que envidiar, pues él tenía una sombra, él podía ser visto al sol. En mis habitaciones pasaba en soledad los días y las noches lamentándome, y la aflicción me roía el corazón.

Alguien más se estaba consumiendo ante mis ojos: mi fiel Bendel no paraba de martirizarse con silenciosos repro-

[24] Figura de la mitología nórdica que aparece en la *Edda poética* y en la *Saga völsunga*. El nombre, tal como aparece en la tradición nórdica, es Fáfnir y significa «el abrazador» (Simek, 2006: 95). Fáfnir, hijo del rey enano Hreiðmar, le da muerte a su padre para apoderarse de su oro. Para proteger el oro, Fáfnir se retira a una cueva y duerme encima del tesoro. A causa de su codicia, se transforma en un monstruo en forma de dragón para vigilar el oro. La leyenda del tesoro atrae a muchos aventureros en busca de fama y fortuna que perecen frente al dragón. Sigurðr (Sigfrido) es quien finalmente mata a Fáfnir y se hace con el oro. Antes de morir, Fáfnir avisa a Sigurðr de que el oro está maldito y le traerá la muerte (Cotterell, 2006: 188).

ches, pues había traicionado la confianza de su bondadoso señor, y no había reconocido a aquel cuya búsqueda le había sido encomendada y del que debía pensar que estaba estrechamente entrelazado con mi triste destino. Yo, sin embargo, no podía culparlo, yo reconocía en ese suceso la fabulosa naturaleza del desconocido.

Con el fin de no dejar ninguna piedra sin remover, un día mandé a Bendel con un valioso anillo de brillantes a casa del más famoso pintor de la ciudad, a quien hice invitar para que me visitara. Vino, retiré a mi gente, cerré la puerta con llave, me senté junto al hombre y, tras elogiar su arte, con el corazón encogido fui al grano, habiéndole exigido antes que prometiera guardar el más estricto secreto.

—Señor profesor —proseguí—, ¿sería usted capaz de dibujarle una sombra a una persona, que de la forma más desafortunada del mundo ha perdido la suya?

—¿Se refiere usted a una sombra paralela?

—En efecto, a ella me refiero.

—Pero —siguió preguntándome— ¿qué torpeza, qué negligencia pudo causarle la pérdida de la sombra paralela?

—Cómo ocurrió —respondí— no viene a cuento en estos momentos; sin embargo, le diré tanto —y le mentí descaradamente—: en Rusia, donde esta persona se encontraba el invierno pasado haciendo un viaje, en un momento de extraordinario frío se le heló la sombra, quedándose pegada al suelo de tal forma que ya no pudo despegarla.

—La falsa sombra que pudiera pintarle —respondió el profesor— no sería más que una que esta persona volvería a perder necesariamente con el más mínimo movimiento, sobre todo si estaba tan poco apegada a la propia sombra congénita como se desprende de ese relato suyo: quien no tenga sombra, mejor que no se ponga al sol, eso es lo más sensato y seguro.

Se levantó y al marcharse me dirigió una mirada penetrante que la mía no pudo soportar. Volví a hundirme en mi sillón, cubriendo mi cara con las manos.

Así todavía me encontró Bendel al entrar. Vio el dolor de su señor y quiso retirarse en silencio, respetuosamente. Levanté la mirada, sucumbí bajo el peso de mi pena; tenía que compartirla:

—¡Bendel! —exclamé—, ¡Bendel! Tú, el único que ve y respeta mis sufrimientos, que no pareces querer investigarlos sino compadecerte de ellos en silenciosa piedad, ven a mí, Bendel, y sé el más próximo a mi corazón. Los tesoros de mi oro no te los he ocultado, no quiero ocultarte los tesoros de mi aflicción. Bendel, ¡no me abandones! Bendel, me ves rico, generoso, bondadoso, supones que el mundo debería glorificarme y me ves huir del mundo y aislarme de él. Bendel, el mundo ha dictado sentencia y me ha repudiado, y tú quizá también te apartes de mí cuando sepas mi terrible secreto: Bendel, soy rico, generoso, bondadoso, pero… ¡Oh, Dios mío!, ¡no tengo sombra!

—¿No tiene sombra? —exclamó asustado el buen muchacho, y brillantes lágrimas brotaron de sus ojos—. ¡Ay de mí, que haya nacido para servir a un señor sin sombra! Guardó silencio y yo cubrí mi rostro con mis manos.

—Bendel —añadí tembloroso tras un largo rato—, ahora tienes mi confianza, ahora puedes traicionarla. Ve y da testimonio contra mí.

Él parecía librar una dura lucha consigo mismo. Por fin se arrojó a mis pies y agarró mi mano, humedeciéndola con sus lágrimas.

—No —exclamó—, piense el mundo lo que piense, yo no puedo abandonar a mi bondadoso señor por una sombra, ni lo haré; actuaré con justicia y no con sensatez: me quedaré con usted, le prestaré mi sombra, le ayudaré en lo que pueda y en lo que no pueda lloraré con usted.

Lo abracé con efusividad, asombrado por este modo tan inusual de pensar, pues estaba convencido de que no lo hacía por el oro.

Desde entonces, mi destino y mi modo de vivir cambiaron algo. La precaución con la que Bendel supo encubrir mi aflic-

ción es indescriptible. Por todas partes iba antecediendo y acompañándome, previéndolo todo, haciendo preparativos, y donde un peligro amenazaba de improviso, rápidamente me cubría con su sombra, pues él era más alto y fuerte que yo. Así me atreví a estar de nuevo entre gente y comencé a desempeñar un papel en el mundo. Claro que tuve que adoptar, en apariencia, muchas rarezas y caprichos. Esas cosas, sin embargo, visten bien al rico, y en tanto que la verdad permanecía oculta, gozaba de todo el honor y respeto que correspondía a mi oro. Aguardaba con más tranquilidad la prometida visita del enigmático desconocido dentro de un año y un día.

Sentía claramente que no debía permanecer mucho tiempo en un lugar donde ya se me hubiera visto sin sombra y donde podían delatarme con facilidad. También es posible que ya solo pensara en cómo me había mostrado ante el señor John, y ese recuerdo me abrumaba. Así que quise que lo de aquí fuese solo un ensayo para poder presentarme en otros lugares más cómodo y seguro de mí mismo. Pero surgió algo que me aferró durante un tiempo a mi vanidad, siendo esta en el ser humano la cualidad donde mejor se agarra el ancla al fondo.

Precisamente la bella Fanny, con la que volví a encontrarme por tercera vez en otro lugar, me prestó bastante atención, sin acordarse siquiera de haberme visto jamás, pues yo ahora tenía gracia e ingenio. Cuando hablaba me escuchaban, y yo mismo no sabía cómo me había hecho con ese arte de llevar la conversación con tanta soltura y dominio. La impresión que reconocí haber causado en la bella hizo de mí justo lo que ella deseaba: un necio. Y desde entonces la seguía adonde buenamente podía, haciendo mil esfuerzos, a través de sombras y crepúsculos. Me envanecía tan solo con hacer que ella se envaneciera por mí, y no pude, por mucho que quisiera, forzar que la embriaguez pasara de mi cabeza a mi corazón.

Pero ¿para qué repetirte largo y tendido esa historia tan común? Tú mismo me la has contado a menudo a propósi-

to de otras personas honorables. Claro que, a ese viejo juego bien conocido, en el que yo de buen grado había asumido un papel muy manido, se le sumó una peripecia[25] de composición muy peculiar, inesperada para mí y para ella y para todos.

Habiendo reunido, como de costumbre, durante una hermosa noche a un grupo de invitados en un jardín, me vi paseando con mi dueña, los dos agarrados del brazo a cierta distancia de los demás invitados, esforzándome por entretenerla con artificiosas frases hechas.

Ella miraba recatadamente hacia abajo y respondió en silencio a la presión de mi mano. En esto, de repente salió detrás de nosotros la luna de entre las nubes, y la muchacha vio que la única sombra que se proyectaba ante ella era la suya. Se estremeció y me miró consternada, luego volvió a mirar al suelo, anhelando ver mi sombra con sus propios ojos. Lo que estaba ocurriendo en su interior se fue dibujando de forma tan extraña en sus gestos que me habría gustado soltar una gran risotada si no hubiera sentido en mis propias carnes un escalofrío recorriéndome por la espalda.

Estando agarrada a mi brazo, la dejé caer desmayada, salí disparado como una flecha entre los horrorizados invitados, alcancé la puerta, me lancé al interior del primer coche que encontré allí parado y me dirigí a la ciudad, donde, para desgracia mía, había dejado en esta ocasión al precavido Bendel. Al verme, se asustó; una palabra le reveló todo. Al instante trajeron caballos de posta. Llevé conmigo solo a uno de mis hombres, un taimado pícaro de nombre Rascal[26], que por su destreza había sabido hacerse imprescindi-

---

[25] En la teoría del teatro, la *peripeteia* o peripecia constituye un punto de inflexión en la acción de la trama. Chamisso utiliza intencionadamente términos teatrales para la descripción de esta escena.

[26] El nombre de este personaje es una palabra común inglesa que significa «granuja, pillo, bribón». Puesto que el propio autor emplea califi-

ble para mí y que no podía sospechar nada del incidente de hoy. Esa misma noche recorrí treinta millas. Bendel se quedó atrás para disolver mi casa, donar oro y traerme desde allí lo más necesario. Cuando me alcanzó al día siguiente me lancé a sus brazos y le juré no tanto no cometer ya ninguna necedad, sino simplemente ser más precavido. Proseguimos nuestro viaje sin interrupción, a través de la frontera y la sierra, y tan solo en la otra ladera, separado por el elevado baluarte de aquella tierra de mis desdichas, me dejé persuadir de descansar de las fatigas superadas en un cercano balneario poco frecuentado.

---

cativos que expresan el valor semántico del nombre propio, hemos decidido mantener el nombre del original tal cual en la versión española, en lugar de sustituirlo por un nombre significativo.